



Buenos Aires, agosto de 2017

Circular N° 572

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Claudio González.

***“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia.”
(Colosenses 3:12)***

Este texto comienza con las palabras:

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados...”

Cuando uno ama, hay “un ida y vuelta”, uno busca estar con la persona que ama. Entonces si yo busco primeramente el reino de Dios y su justicia, busco la palabra, el perdón y la comunión con todos, me sentiré amado y tendré amor para dar. Cuando una persona se siente amada y ama, no le falta nada. Porque podés tener todo, pero si no tenés amor para dar, te falta todo. Y como el amor de Dios está derramado en nuestro corazón, no nos puede faltar. Porque lo derramó; es decir, no nos dio un poquito. Cuando Dios da, da todo y da lo mejor. Este es el vínculo perfecto. Amamos a Dios, porque Él nos amó primero y nos amamos entre nosotros porque a todos nos eligió Dios. Entonces bien vale amarles profundamente.

Algunos hablan de un amor a primera vista. Pero el amor es un proceso. Uno se va conociendo, va ganando confianza, va dialogando y el amor viene después. Es un trabajo, cuanto más nos conocemos, más nos vamos amando. Del mismo modo, cuanto más conocemos a Dios, cuando más llegamos al conocimiento de la verdad, que es Cristo, más le vamos a amar y más vamos a comprender el amor que Él ha prodigado en nuestra vida. Tal vez en los momentos en los que creíamos que estábamos más solos o más necesitados, era cuando el amado Dios estaba fijando sus ojos sobre esa situación. Ahora, que Dios nos abre los ojos con su colirio, queremos ver entonces la luz celestial.

Dice luego:

“...de entrañable misericordia...”

¿Qué es la misericordia? Es ayuda. En el ejemplo del buen samaritano, cuando el Señor hace la pregunta de quién les parecía que había sido el prójimo, era aquel que había usado la misericordia, el que pudo ayudar. Y de él no se esperaba nada, de los otros sí.

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



A veces sucede en la vida que las personas a las que ayudamos, no son las que nos ayudan. Muchas veces, si esperamos algo de ellos no lo vamos a conseguir. La ayuda nos va a venir tal vez de otros. Y no porque sean desagradecidos; es porque no tienen nada para dar. Pero el Señor siempre nos colocará a alguien.

Cuando aquí se habla de una entrañable misericordia, es porque la ayuda tiene que salir del corazón, del sentimiento. Utilizamos la misericordia para ayudar al que necesita. A veces hay alguien que está necesitado de una palabra, otras veces alguien está necesitando simplemente que lo escuchen. Hace un tiempo el Apóstol de Distrito contó un ejemplo de un hermano, que estaba en su casa, porque no podía salir, y su amigo todos los miércoles y domingos le mandaba el texto bíblico del Servicio Divino, una palabra o algún escrito de la revista. Entonces un día le dijo: “yo esto lo podría conseguir por otra parte, pero necesito que estés al lado mío”. Es la entrañable misericordia. Cuando el corazón se mueve para estar al lado del necesitado, el que visita al necesitado es Dios. Y no hace falta que tengas un ministerio. Ese es el amor no fingido; ahí es donde me visto de la entrañable misericordia.

Pero también nos ha dicho el Apóstol Mayor que para ayudar a alguien primero hay que conocerlo. Y Dios nos conoce, absolutamente. A veces somos nosotros los que no nos dejamos ayudar de la manera que nos quiere ayudar el Señor. Porque creemos que podemos perder alguna libertad, o alguna costumbre que tenemos. Y la costumbre a veces nos agobia.

Dios te quiere ayudar y te quiere responder. No sea cosa que Dios te responda y no estés. A Dios yo le oro en mi casa, pero el Señor me responde la gran mayoría de las veces desde el altar, entonces si no vengo no sé la respuesta. Después podría pensar que Dios no me contestó y resulta ser que el que no estuvo fui yo. O tal vez estuve presente, pero no vine al altar, entonces no entendí la respuesta, no la comprendí porque no era la que yo quería. El Señor me va a ayudar en todo aquello que tenga que ver con mi salvación, no con lo que tenga que ver con mis gustos o mis formas.

Ayudemos a todos. Tenemos que ayudar sabiendo que es el Señor el que nos va a utilizar en ese momento. Quizás nos preguntemos: “¿Y qué le puedo decir?”. Quedate tranquilo, que si tenés a Dios en tu corazón, tu boca va a dar una palabra justa. Y si no tenés una palabra, con estar al lado muchas veces alcanza.

Luego el texto dice:

“...de benignidad...”

Todo aquello que es benigno, nos deja tranquilidad. Lo malo es todo aquello que te aleja de Dios. Si yo me visto de tal manera que todo me acerque a Dios, estoy usando la mejor ropa. ¡Acerquémonos a Dios!

Dice también:

“...de humildad...”

Iglesia Nueva Apostólica Sud América



La humildad no es un don del Espíritu Santo, no forma parte de los dones. Forma parte de la actitud de aquel que siente que es pequeño ante Dios. El Señor mismo pudo decir: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (comparar con Mateo 11:29). El humilde siempre entiende. El humilde comprende. El humilde se hace pequeño, siempre quiere aprender, siempre está dispuesto a la corrección. Esto lo da la humildad. Es una característica de un fiel hijo de Dios, que lo ama.

Nos tenemos que apropiarnos de esto. Porque no viene como un regalo de Dios. La humildad no proviene de lo alto. Nos tenemos que apropiarnos de ese sentir humilde, porque lo usual es ser soberbio. Lo difícil es ser humilde. Lo usual es hablar de nosotros, de nuestra fortaleza. El humilde es aquel que te dice: “¡No sabés lo que hice!”. Es humilde y lo dice, no tiene problema, no le importa; quiere aprender. Necesita. Cuando venimos a la iglesia como necesitados siempre el Señor nos va a decir algo. Cuando venimos como críticos, se hace distinto el asunto.

Menciona luego aquí:

“...de mansedumbre...”

La mansedumbre sí es un don del Espíritu. ¿Saben qué es la mansedumbre? Es el don del Espíritu que tiene controlado al enojo y la ira. Hay personas que se enojan por todo y personas que se enojan por nada. No usan la mansedumbre. Y si no controlas la ira, la ira te controla. Si no controlas tu carácter, el carácter te controla. Si no controlas tus palabras, ellas te controlan. A veces lo que decimos está bien, pero por cómo lo decimos lastimamos a alguien. La mansedumbre es eso. Es dar un equilibrio perfecto. Se necesita ser equilibrado. Se necesita tener un espíritu de dominio propio. Es necesario, porque una persona se hace grande en el manejo de las respuestas. Y el que tiene mansedumbre responde correctamente. Escucha correctamente. No se va a enojar para responder. Vieron que cuando nos enojamos, a veces es preferible quedarse callado porque con lo que decimos si hasta ahora estábamos enojados nosotros, después están enojados con nosotros. Por eso Dios dio la mansedumbre, para que controlemos al viejo hombre. Para que tengamos ese equilibrio. El que es manso busca la paz. Y si hay un don del equilibrio dentro de los dones del Espíritu Santo, es la paz. Porque el que pierde la paz, queda desequilibrado. Se puede perder por cualquier acción o por cualquier omisión y sentir que Dios no nos escucha, que no nos atiende.

Humildad y mansedumbre caracterizaron a Cristo. Y Él dijo: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo” (comparar con Juan 14:3). Estas características tienen que estar en nosotros. Son ropas que nos quedan muy bien, maravillosamente bien.

Por último, habla de la paciencia. Como decía un Pastor, a veces le pedimos a Dios: “Dame paciencia, ¡pero dámela ya!”. Hay que saber esperar. ¿Cuánto hace que estamos esperando al Señor? Muchos desde que eran niños, otros de jóvenes... ¿y el Señor se ha tardado? ¿O nos está esperando a que nos decidamos?